

en las enconadas luchas partidistas que agotaban a la bella Hélade, incluso cuando los acontecimientos parecían confabularse contra su independencia e integridad política, como acaeció durante aquella guerra del Peloponeso que nos describe Tucídides en inmortales páginas. Abundaron ya entonces los llamados procesos políticos, síntoma cierto de regímenes en descomposición no exentos de funestas pasiones, y entre ellos ha recordado especialmente el “Proceso de la Corona”, en el que sobresalió y se impuso la persona y la política de Demóstenes, mientras se hundía para siempre el prestigio de su rival Esquines.

La democracia de las ciudades griegas engendra, junto a un vasto entramado de arterías y confabulaciones, el ensanche desmesurado del egoísmo y la práctica prolongada de la ociosidad. No es comprensible pudiese mantener tan largo tiempo su libertad una urbe como Atenas, en la que el trabajo era considerado a título de ocupación humillante, entregándose por ello a los ilotas, mientras, por añadidura, unos quince o veinte mil ociosos detentadores de la ciudadanía, reunidos cotidianamente en el Foro, decidían con alegre inconsciencia los destinos de su patria. En estas turbulentas asambleas se producían bellos discursos, frases impregnadas de retórica prestancia, juegos espectaculares de dicción y actitudes tan arrogantes como huecas. Pero lo que jamás brillaba en ellas era el espíritu de sacrificio, el amor al bien común, la sabiduría reposada y luminosa de las gloriosas épocas aurales que presagiaron su gran destino ecuménico. Tras los días de gloria, aquellos en que un